

Jonia; Willelmo ó Guillelmo, arzobispo de Maguncia; Froncon y Burchard, obispos de Worms; S. Udalrico, obispo de Augsburgo; S. Adalberto, arzobispo de Praga, el cual llevó la fe á la Hungría, á la Prusia y á la Libonia; S. Bonifacio y S. Brunon, quienes la predicaron en Rusia, eran unos hombres instruidos y respetables. En Inglaterra, S. Dunstan, obispo de Cantorbéry; Ethelvodo, obispo de Winchester; Oswaldo, obispo de Worcester. En Italia, los papas Estéban VIII, Leon VII, Marin, Agapito II, y muchos obispos. En España, Genadio, obispo de Astorga; Atilano, obispo de Zamora; Rosendo, obispo de Compostela, etc. Todos estos prelatos no eran, en verdad, ni agustinos ni cristómosos, pero eran unos pastores instruidos y zelosos por la pureza de la fe.

Precisamente en el siglo IX fué cuando se formó el cisma entre la Iglesia griega y latina; el pretexto de los griegos jamás fué la doctrina de los latinos acerca de la *Eucaristía*. En el siglo XI, poco tiempo despues que Leon IX condenó á Berengario, Miguel Cerulario, patriarca de Constantinopla, escribió con calor contra los latinos: los impugno vivamente sobre la cuestión de los azímos; pero no habló ni de la presencia real, ni de la transustanciación. Tampoco hubo dificultad alguna sobre este punto en el concilio general de Lyon, el año 1274, ni en el de Florencia en 1439, cuando se suscitó la cuestión acerca de la reunión de las dos Iglesias.

Cuando nació la herejía de los sacramentarios, tenían una excelente ocasion los griegos para declararse. En 1570, los primeros se forzaron en vano por arrancar á Jeremias, patriarca de Constantinopla, un testimonio favorable á su error: pero les respondió con claridad: «La doctrina de la santa Iglesia es que en la sagrada cena, despues de la consagración y bendición, el pan se convirtió y pasó á ser el cuerpo mismo de Jesucristo, y el vino se convirtió en su sangre, por la virtud del Espíritu Santo.... El propio y verdadero cuerpo de Jesucristo se contiene bajo las especies de pan con levadura.»

Lo que la buena fe de Jeremias habia negado á los luteranos fué concedido por la averia de Cirilo Lucar, uno de sus sucesores, á causa de las liberalidades de un embajador de Inglaterra en Holanda en la Puerta Otomana. Este patriarca se atrevió á publicar una profesión de fe conforme con la de los protestantes, acerca de la presencia real, mas fué condenada en un sínodo celebrado en Constantinopla, en 1638, por Cirilo de Berea, sucesor de Lucar, y en otro, en 1642, bajo Par-

thenio, sucesor de Cirilo de Berea. Los griegos se explicaron del mismo modo tambien en un concilio de Jerusalem en 1668, y en otra asamblea en Belen en 1672. Las actas de estos concilios fueron depositadas en la biblioteca de S. German-des-Prés, é impresas en la *Perpetuidad de la fe*, con los testimonios de los maronitas, de los armenios, de los sirios, de los cophtos, de los jacobitas, de los nestorianos, y de los rusos. La conformidad de todas estas comuniones griegas con la Iglesia romana acerca de la *Eucaristía*, no puede en lo sucesivo dar lugar á ninguna duda. No hay pues ningun dogma de fe sobre el cual esté mejor establecida la prescripción.

La tercera prueba de la presencia real son las consecuencias que se siguen del error de los protestantes. Sostenemos que este error perjudica á la divinidad de Jesucristo, y que ha debido producir el socinianismo, como así sucedió.

1º No hay alguno entre los milagros del Salvador que no haya podido ser hecho por un puro hombre enviado de Dios; pero que Jesucristo se quede presente en cuerpo y en alma en todas las hostias consagradas, este es un prodigio que solo puede ser obrado por un Dios. Si no lo ha hecho, engañó á sus apóstoles cuando les dijo: «Me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra.» *Mat.*, xxviii, 18. San Ireneo observó ya la conexión que hay aquí entre la presencia real y la divinidad del Verbo. *Adv. her.*, lib. 4, c. 18, núm. 4.

2º Este divino Maestro no pudo ignorar las consecuencias terribles que produciría entre los cristianos el modo con que habia hablado acerca de la *Eucaristía*, ni el error enorme en que iban á caer inmediatamente despues de la muerte de los apóstoles, suponiendo que la creencia católica fuese un error. Si previó todo esto y no quiso evitarlo, falló á las promesas que hizo á su Iglesia de estar con ella hasta la consumación de los siglos. *Mat.*, xxviii, 19. Si no lo ha previsto, no es Dios.

3º Segun la creencia de los protestantes, el cristianismo, desde el principio del segundo siglo, llegó á ser la religion mas falsa que hubo en el mundo; todos los dicterios de idolatría, superstición y paganismo dirigidos contra la Iglesia romana son exactamente ciertos. ¿Por ventura bajo Dios á la tierra para establecer en ella una religion tan monstruosa? No hay pues aqui otro partido que tomar sino el de profesar el deísmo.

4º Los apóstoles previnieron á los fieles contra los errores que iban á manifestarse pronto en la Iglesia, advirtiéndoles de que ciertos falsos doctores negarian la realidad de

la carne de Jesucristo y su divinidad; que otros condenarian el matrimonio, y negarian la resurrección futura, etc. Mas necesario hubiera sido defenderlos contra el error de la presencia real, que en breve habia de nacer, y que cambiaria la faz del cristianismo; sin embargo no lo hicieron.

Veamos continuación otras consecuencias que se siguen de la herejía de los protestantes relativamente á la *Eucaristía*.

Si en los primeros siglos se hubiera tenido acerca de la *Eucaristía* la misma idea que los protestantes, ¿se habrían ocultado con tanto esmero á los paganos nuestros santos misterios, ni se habria prohibido el conocerlos á los catecúmenos antes del bautismo? Nada mas sencillo que el convite de la cena, como el comer pan y beber vino en memoria de lo que habia hecho Jesucristo con sus apóstoles. ¿Qué necesidad habia en tal caso de hacer de todo esto un misterio? Pero los primeros cristianos no pensaban como los protestantes.

II. De la *transustanciación*. El concilio de Trento decidió que en la *Eucaristía* se convierte toda la sustancia del pan en cuerpo y toda la sustancia del vino en sangre de Jesucristo, y que no quedan mas que las apariencias del pan y del vino: conversión á la que la Iglesia llama con mucha propiedad *transustanciación*. La misma decisión se halla en el concilio de Constanza contra Wiclef, y en el cuarto concilio de Letran, el año 1215.

Ya hemos observado que Lutero, herido con la energia de las palabras de Jesucristo, no pudo resolverse á renunciar al dogma de la presencia real, á pesar de que negó la *transustanciación*; defendió que el cuerpo y la sangre de Jesucristo están en la *Eucaristía*, sin que la sustancia de pan y vino quedase destruida; por consiguiente dijo que el cuerpo de Jesucristo está en el pan, bajo el pan, y con el pan, *in, sub, cum*; este modo de explicar la presencia de Jesucristo fué llamado *impanación* y *consustanciación*; algunos discípulos de Lutero dijeron despues que Jesucristo está en la *Eucaristía* por *ubiquidad*. Véanse estas palabras.

Al presente los mas hábiles luteranos desechan todas estas maneras de entender la presencia real; dicen que el cuerpo de Jesucristo está en la *Eucaristía* por concomitancia, es decir, que al recibir el pan se recibe realmente el cuerpo de Jesucristo, y así que no está presente sino por el uso y en el uso, ó en la comunión; que en el uso es en lo que consiste la esencia del sacramento, en lo cual se unen con los sacramentarios. Véase al Padre Le Brun,

Explic. de las ceremonias de la misa, t. 7, p. 24 y sig.

Pero Calvino y sus secuaces objetaron á Lutero que al defender el sentido literal de las palabras del Salvador, las hacia sin embargo violencia. En efecto, Jesucristo no dijo: *Mi cuerpo está con esto ó en esto que tengo*; no dijo: *Este pan es mi cuerpo*, sino *Esto que soy es mi cuerpo*. Por tanto lo que Jesucristo dió á sus discípulos ya no era pan, sino su cuerpo. De esto dedujo Calvino que era preciso admitir ó el sentido figurado, ó, como los católicos, un cambio de sustancia, una *transustanciación*.

Lutero observa, por su parte, que Jesucristo no dijo: *Esta es la figura de mi cuerpo*, ni *Esto contiene la virtud y eficacia de mi cuerpo*, sino *Este es mi cuerpo*: por consiguiente estaba real y sustancialmente presente; luego no hablaba en un sentido figurado. Así, refutándose los enemigos de la Iglesia uno á otro, probaban sin advertirlo la verdad de su doctrina, y á pesar de sus mutuos argumentos, cada partido permaneció en su opinion. Tal ha sido el suceso de una disputa en que no se quería por una y otra parte mas regla de creencia que la Escritura santa.

Para saber cómo se debe entender esto, la Iglesia ha recurrido tambien á la via de prescripción, á la tradicion de todos los siglos desde los apóstoles hasta nuestros dias. Los mas instruidos entre los protestantes convienen en que los antiguos PP., al considerar que recibiendo el pan consagrado se recibe el cuerpo de Jesucristo, dijeron que este pan no era ya pan, sino el cuerpo de Jesucristo. De aquí se que los griegos, hablando de lo que se hace en la *Eucaristía*, lo han llamado *μεταβολή*, cambio ó conversión, *μεταστροφή*, la acción de hacer lo que no habia ó no era, *μεταστροφικόν*, transmutación de los elementos. Brucker, *Hist. philosoph.*, t. 6, p. 621. ¿Qué diferencia hay entre estos términos y el de *transustanciación*?

A mediados del segundo siglo, S. Justino comparó la acción por la que se hace la *Eucaristía*, á la acción por la cual el Verbo de Dios se hizo hombre, y tomó un cuerpo y un alma. *Apol.* 1, *ídem*. 66. S. Ireneo la compara á la acción por la que el Verbo divino resucitara nuestros cuerpos. *Adv. Her.*, lib. 5, c. 2, *ídem*. 3. Dice que la *Eucaristía* se compone de dos cosas, la una terrena y la otra celestial, lib. 4, *cap.* 18, *ídem*. 3. Hubieran hablado de este modo, si hubiesen creído que la *Eucaristía* es aun pan? Los PP. de los siglos siguientes no han hecho mas que repetir este lenguaje.

¿Cómo han podido defender los protestantes

que antes del cuarto concilio de Letran, celebrado el año 1215, no se creía el dogma de la transustanciación; que los sacerdotes le han forjado por interés y por vanidad, para persuadir al pueblo de que hacen un milagro al tiempo de consagrar la *Eucaristía*? ¡Acusaremos de semejante crimen a unos santos marfrestales como S. Justino y S. Ireneo, y a todos los que profesaron la misma doctrina después que ellos?

Se les ha hecho ver á los protestantes, por medio de las profesiones de fe y por las liturgias de los nestorianos, de los jacobitas, sirios y cophtos, de los armenios y de los griegos cismáticos, que todas sus sectas, algunas de las cuales se separaron de la Iglesia romana desde el quinto siglo, creen lo mismo que nosotros la *transustanciación*.

Todas estas liturgias contienen una oración llamada la *invocación del Espíritu Santo*, por la que el sacerdote ruega á Dios envíe á su Santo Espíritu sobre los dones eucarísticos, á fin de que haga el pan cuerpo de Jesucristo, y el vino su sangre. Algunos añaden *transformando estas sustancias por virtud de nuestro Espíritu Santo*. Desde este momento los orientales creen que la consagración está consumada, y adoran á Jesucristo presente. *Perpet. de la fe, t. 4. lib. 2, c. 9*. El sabio maronita Assemani presentó nuevas pruebas acerca de la fe de los orientales, formando un extracto de las obras de los escritores nestorianos y de los jacobitas en su *Biblioteca oriental*.

Es pues cierto que, mas de seiscientos años antes del concilio Lateranense, este dogma era universalmente creído y profesado en toda la Iglesia cristiana. Los cismáticos orientales no lo han tomado de la Iglesia latina de la cual se separaron; en las disputas que hemos tenido con ellos, no nos han tomado nunca este dogma como un error.

En vano quisieron los controversistas protestantes defender que el milagro de la transustanciación es imposible; con qué derecho pretenden estos grandes filósofos poner límites á la Omnipotencia divina? A la verdad, no concebimos cómo pueden subsistir las cualidades sensibles del pan y del vino, cuando ya no existe su sustancia, ni cómo puede estar el cuerpo de Jesucristo en la *Eucaristía* sin tener ninguna de sus cualidades sensibles; ni aun sabemos siquiera lo que es la sustancia de los cuerpos separada de toda cualidad sensible. Se infiere de aquí que la *Eucaristía* es un misterio, y que los filósofos son injustos en querer raciocinar acerca de él.

Mas al rechazar el misterio y el milagro que admitimos, ¿han conseguido los protestantes

privar á la *Eucaristía* de todo milagro y misterio? ¿Nos han hecho concebir su creencia? Los luteranos dicen que el cuerpo de Jesucristo está verdaderamente presente en la *Eucaristía* con la sustancia ó bajo la sustancia de pan, al menos cuando se le recibe, sin embargo de que no está revestido de ninguna de estas cualidades sensibles; es preciso pues que nos expliquen cómo pueden subsistir á la vez dos sustancias corporales bajo las cualidades sensibles de una sola, ó lo que es lo mismo, qué entienden por el cuerpo de Jesucristo separado de todas las cualidades que le son propias. Si dicen que el cuerpo de Jesucristo no se halla presente en este misterio sino cuando se come el pan, luego la acción de comer, y no la consagración, es lo que produce el cuerpo de Jesucristo. Mas por ventura, ¿se concibe mejor una cosa que otra?

Según los calvinistas, el cuerpo de Jesucristo no está en la *Eucaristía*, sino que al comer el pan se recibe el cuerpo de Jesucristo espiritualmente, nos parece una cosa tan incomprendible como el comer un espíritu corporalmente. Si esto solo significa que la acción de comer pan produce en nosotros el mismo efecto que produciría el cuerpo de Jesucristo, si le recibieramos realmente, ya lo entendemos; mas entonces preguntamos: por qué un calvinista lleno de fe no recibe el cuerpo de Jesucristo todas las veces que en sus comuniones usa de pan y vino. Cuando Jesús dijo: «El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él.» *Joan., vi, 57*, sinada mas quiso decir que lo que entienden los calvinistas, la metáfora es un poco fuerte; no le hubiera costado mucho el expresársela así á los fariseos y á sus discípulos, que se escandalizaron al oírlo. Sin duda es mas difícil creer que Jesucristo, los apóstoles y los evangelistas tendieron un lazo á la sencillez de los fieles, que el admitir el milagro y el misterio de la transustanciación.

La objeción mas fuerte que han hecho contra este dogma es la de Tillotson, que Bayle, Abbadie, La Placette, D. Hume, etc. han repetido, y la que han considerado siempre como invencible. Dicen: Aun cuando este dogma estuviera claramente revelado en la Escritura, no podríamos tener acerca de su verdad mas que una certeza moral, semejante á la que tenemos acerca de la verdad de la religión cristiana en general: es así que nuestros sentidos nos dan una certeza física de que la sustancia del pan se encuentra en todas partes en que sentimos los accidentes del pan; luego esta certeza debe prevalecer

sobre la primera y determinar nuestra creencia.

Es admirable que unos hombres, tan perspicaces é instruidos por otra parte, se hayan dejado engañar por este sofisma.

1º Ataca ó impugna tan directamente la presencia real como la transustanciación, y los luteranos están igualmente obligados á responder á este sofisma como nosotros. En efecto, estamos físicamente ciertos de que un cuerpo no se halla en un sitio donde no hay ninguna de sus cualidades sensibles, puesto que no advertimos la existencia de los cuerpos sino por estas cualidades. Es así que, en la *Eucaristía*, el cuerpo de Jesucristo no tiene ninguna de sus cualidades sensibles; luego tenemos una certeza física de que no está en este sacramento. Ninguna prueba moral, sacada de la revelación, puede prevalecer contra esta.

2º Este mismo argumento debió hacer dudar de la Encarnación á todos cuantos veían á Jesucristo y conversaban con él; porque en fe, estamos físicamente ciertos de que hay una persona humana en todas partes donde vemos las propiedades sensibles de la humanidad. Es así que se veían todas las propiedades reunidas en Jesucristo; luego se debió creer que era una persona humana, y no una persona divina; la certeza moral, tomada de su palabra y de sus milagros, no podía superar á una certeza física.

3º Este raciocinio nos priva de dar asenso á ningún milagro, á menos que no lo hayamos comprobado por el testimonio de nuestros sentidos, y sin que además hayamos adquirido acerca de tal milagro una certeza física. Así D. Hume se sirvió de este raciocinio para impugnar la certeza moral respecto de todos los milagros. Las pruebas morales, dice, nunca pueden prevalecer contra la certeza física en que estamos de que el curso de la naturaleza no varía; así que sería preciso que variase para que se hiciera un milagro.

4º De esta pretendida demostración se seguía también que un hombre ciego de nacimiento es un insensato, cuando cree en la palabra de hombres que le manifiestan una cosa contraria al testimonio de sus sentidos. Está físicamente cierto, por el tacto, de que una superficie llana no produce una sensación de profundidad; no debe pues creer en lo que se le dice acerca de un espejo ó de una perspectiva.

5º Se seguiría en fin, que un hombre que ve desde lejos una torre cuadrada, que le parece redonda, tiene sobrado fundamento para sostener que la tal torre es en efecto redonda, á

pesar del testimonio de todas cuantas personas le declaran lo contrario.

Todos estos ejemplos demuestran, que el principio sobre el cual se funda el argumento de Tillotson es absolutamente falso; á saber, que la certeza moral llevada al mas alto grado no debe prevalecer contra una pretendida certeza física, que no es otra cosa en el fondo que una pretendida ignorancia, ó falta de conocimiento, puesto que esta certeza no recae mas que sobre las apariencias, y de ningún modo sobre la realidad ó sustancia de las cosas.

¿Qué certeza tenemos respecto de los cuerpos de que deponen nuestros sentidos? Que las cualidades sensibles de los cuerpos están en todas las partes donde los sentimos; que así los accidentes, las apariencias, las cualidades sensibles del pan y del vino están en la *Eucaristía*, puesto que aquí las sentimos, y con efecto están en dicho sacramento. ¿Mas atestiguan nuestros sentidos que la sustancia del pan está en todo lugar donde se hallan estas cualidades sensibles? Ni aun siquiera sabemos qué cosa es la sustancia de los cuerpos, despojados de estas mismas cualidades. Esta sustancia no recae pues bajo nuestros sentidos; nada nos pueden atestiguar acerca de ella.

Es cierto que de la presencia de las cualidades sensibles deducimos, que el cuerpo á que pertenecen comunmente existe; pero esta consecuencia no es esencial; D. Hume y otros lo han demostrado: no debemos pues deducirla cuando una autoridad competente nos advierte de que nos engañaríamos.

No es pues cierto que nuestros sentidos nos engañen en punto á la *Eucaristía*, ni que la creencia de este misterio pueda alterar la certeza física, lanzándonos en el pirronismo, etc. Desde el momento en que Dios nos advirtió por medio de la revelación que esto ya no es pan, sino el cuerpo de Jesucristo, fándonos en su palabra, nos ponemos á cubierto de todo error. V. CERTIDUMBRE.

Al decidir que la sustancia del pan no está ya en la *Eucaristía*, sino que es el cuerpo de Jesucristo el que está bajo las apariencias del pan, la Iglesia no ha explicado el modo como está en este misterio dicho cuerpo, si está á manera de espíritu ó de otro modo, si las partes de su cuerpo son penetrables ó impenetrables, si están en él con extensión ó sin ella, etc.; la Iglesia ha enseñado únicamente que Jesucristo está todo entero bajo cada una de las especies, y todo entero bajo cada parte cuando se divide. *Concil. Trident., sess. 13, can. 3*. No ha prohibido á los teólogos que

traten de conciliar este misterio con los sistemas de los filósofos; pero estamos persuadidos de que no lo conseguirán nunca. El modo con que Jesucristo se halla en la *Eucaristía* no se asemeja á ninguna otra cosa, es incomparable, y por consiguiente incomprensible ó inexplicable. Por otra parte, nada hay mas incierto que los sistemas filosóficos relativamente á la esencia ó sustancia de los cuerpos; los filósofos jamás se han puesto de acuerdo ni se conformarán nunca, y cambian de opiniones de siglo en siglo.

III. De la presencia habitual y permanente de Jesucristo en la *Eucaristía*. Los protestantes convienen, como nosotros, en que para celebrar la *Eucaristía* se necesita repetir las palabras que Jesucristo pronunció en la última cena; que sin esto no habría en este caso ni misterio ni sacramento. Sin embargo, según los calvinistas, estas palabras no obran nada, la fe con la cual recibe el fiel el pan y el vino es la que le hace recibir la virtud del cuerpo de Jesucristo; su fe pues es la que produce todo el milagro, y las palabras de Jesucristo no pueden ser necesarias sino para excitar la fe. Si los luteranos creyesen, como nosotros, que estas palabras, *este es mi cuerpo*, obran lo que significan, deberían creer, igualmente que nosotros, que desde este momento Jesucristo está presente bajo los símbolos ó con los símbolos, y que permanece en la *Eucaristía* mientras que subsisten las cualidades sensibles del pan y del vino. Sin embargo defienden que el cuerpo de Jesucristo no se halla presente sino en el uso y para el uso, y que la esencia del sacramento consiste en la comunión. Esta es la razón por que han fingido cambiar la voz *Eucaristía* en la de comunión ó cena, á fin de dar á entender que la esencia de la ceremonia consiste en la acción de los que comen, y no en la del ministro que consagra. Mas, ¿se atreverá nadie á defender que la acción de Jesucristo consagrado en la *Eucaristía* después de su última cena era menos importante que la de los apóstoles que la recibieron?

No es muy fácil saber en qué se diferencia el parecer de los luteranos del de los calvinistas: estos últimos dicen que se recibe el cuerpo de Jesucristo *espiritualmente*, y los luteranos dicen que se le recibe *sacramentalmente*; á ellos toca decirnos en qué se oponen estos dos pareceres.

El concilio de Trento ha decidido lo contrario: enseña que el cuerpo y sangre de Jesucristo están presentes en la *Eucaristía*, no solo en el uso y cuando se reciben ambas cosas, sino antes y después de la comunión;

que las partículas consagradas que quedan después de que se ha comulgado son también el verdadero cuerpo y sangre de Jesucristo. *Sess. 13, cón. 4*. Esta división se funda en el sentido literal y natural de las palabras del Salvador.

Con efecto, Jesucristo dijo á sus discípulos: *Tomad y comed, este es mi cuerpo entregado por vosotros*, y según el griego, *destrozado por vosotros*. Jesucristo tenía pues verdaderamente su cuerpo entre sus manos, y su cuerpo estaba destrozado antes de que fuera recibido y comido por los discípulos; de otra suerte las palabras de Jesucristo no hubiesen sido exactamente verdaderas. Convenimos en que el Salvador presentaba su cuerpo á fin de que fuese comido; pero el sacramento y el fin por el que se obró no son una misma cosa: el acto sacramental era por consiguiente la acción de Jesucristo que hablaba, y no la de los discípulos que recibieron su cuerpo. Es un absurdo el confundir la acción del Salvador que hacía un milagro, con la de los apóstoles para quienes se había obrado; el efecto de la primera era la presencia real del cuerpo de Jesucristo, y el efecto de la segunda era la gracia producida en el alma de los apóstoles. Por tanto la presencia real es el efecto de la consagración y no de la comunión; la presencia real subsistiría aun cuando accidentalmente no hubiera comunión; ella es habitual y permanente con independencia de la comunión.

En segundo lugar, los pasajes de los PP., el texto de las liturgias que prueban la presencia real atribuyen este prodigio, no á la comunión, sino á la consagración, es decir, á la acción de pronunciar las palabras de Jesucristo; por consiguiente suponen que esta presencia precede á la comunión, y que es absolutamente independiente de ella. Ninguna Iglesia, ninguna secta cristiana ha dado la comunión á los fieles inmediatamente después de la consagración; estas dos acciones han sido siempre distintas y separadas por medio de oraciones y ceremonias. Los protestantes se han visto obligados á aproximarnos á ellas y á cambiar el orden de todas las liturgias, porque esto era una prueba que deponía contra ellos.

En tercer lugar, la creencia constante de la Iglesia cristiana está comprobada por el uso antiguo y universal de conservar la *Eucaristía*, ya para administrarla á los enfermos, ó bien para consuelo de los fieles expuestos al martirio, ó finalmente para servir en la misa de los presantificados, en la cual se servía de especies consagradas en el día

anterior, como lo hacemos aun el viernes santo. Vemos por el cónon 49 del concilio de Laodicea, celebrado el año 364, que el antiguo uso de los griegos era no consagrar, durante la cuaresma, mas que en el sábado y domingo, y reservar la *Eucaristía* para los demás días; este es el uso que los griegos observan todavía. Este concilio prohíbe, *cón. 14*, que se lleve por la Pascua á las demás parroquias la santa *Eucaristía* en señal de comunión. Véase á Thiers, *Exposición del Santo Sacramento*, l. 1, c. 2. Todos estos usos y otros que la Iglesia ha suprimido prudentemente, manifiestan que no se creía la presencia real de Jesucristo inherente á la sola acción de comulgar.

En fin, todas las pruebas sacadas de la Escritura santa ó de otra parte cualquiera, que demuestran que Jesucristo debe ser adorado en la *Eucaristía*, que se ofrece el mismo en sacrificio, que la acción sacramental es la consagración y no la comunión, prueban también que Jesucristo está presente en la *Eucaristía*, independientemente del uso. Todas estas verdades se sostienen mutuamente y forman una cadena indisoluble, como se verá en los párrafos siguientes.

IV. De la adoración de Jesucristo en la *Eucaristía*. Este divino Salvador es digno de ser adorado en todo lugar donde se halla; verdadero Dios y verdadero hombre no merece menos que se le tribute el culto supremo sobre los altares que en el cielo.

Los protestantes, que han escrito que no hay en la Escritura ningún vestigio de esta adoración, se han engañado. El cuadro de la liturgia de los apóstoles delineado en el *Apocalipsis*, v. 6, nos muestra un cordero en estado de víctima en medio de una turba de ancianos ó sacerdotes, que se postran y le presentan las oraciones de los santos; un coro de ángeles canta en alta voz: «El cordero que ha sido inmolado es digno de recibir los honores de la Divinidad, las alabanzas, la gloria y las bendiciones.» Los sacerdotes repiten estas palabras y le adoran. Este cuadro demasiado enérgico es una de las principales razones por las cuales no quieren los calvinistas colocar el *Apocalipsis* en el número de los libros santos.

También se engañan cuando dicen que esta adoración no está en uso sino en la Iglesia romana, y solo desde algunos siglos á esta parte. Cuando al asistir á los santos misterios, dice Orígenes, recibis el cuerpo del Señor, guardadle con toda la precaución y veneración posibles. *Homil. 13 in Exod.*, n. 3. S. Ambrosio, S. Juan Crisóstomo y S. Agustín

se sirven del mismo término *adoración*. Así se practica entre las sectas de los cristianos orientales separados de la Iglesia romana hace mas de mil doscientos años; este hecho está comprobado por sus liturgias, por sus profesiones de fe y por sus rituales. *Perpetuidad de la fe*, l. 4, t. 3, c. 3; Le Brun, l. 2, p. 462. Lo que ha hecho caer en error á los protestantes, es que los orientales no usan como nosotros elevar la hostia y el cáliz inmediatamente después de la consagración, sino que antes de la comunión el sacerdote se vuelve hacia el pueblo teniendo la *Eucaristía* sobre la patena; entónces el diácono dice: *Sancta sanctis*, las cosas santas son para los santos; el pueblo se inclina ó postra, y adora á Jesucristo bajo los símbolos sagrados. V. ELEVACION.

Dicen, y esto es cierto, que la adoración de la *Eucaristía* es una consecuencia del dogma de la transustanciación; y ya hemos visto que este dogma ha sido creído siempre.

Dailly y otros declamaron con gran ostentación, que en los tres primeros siglos los fieles para comulgar recibían la *Eucaristía* en sus manos, á fin de poderla tomar como Viático, cuando se hallaban en peligro de ser apesados y conducidos al martirio. ¿Habrían recibido la *Eucaristía* con tan poco aparato, si hubieran creído que era real y verdaderamente el cuerpo de Jesucristo?

¿No tenían los cristianos suficientes motivos en aquellos tiempos para obrar de este modo? Nicodémus, José de Arimatea y las santas mujeres dieron sepultura al cuerpo de Jesucristo, como se le hubieran dado al de un puro hombre; mas de aquí no se sigue que dudasen de su divinidad. El respeto con que los cristianos dispuestos al martirio recibían los símbolos sagrados, envolviéndolos en un lienzo, ocultándolos por temor de que no fuesen profanados, tomándolos como Viático, nos parece una señal harto evidente de su fe. En los países protestantes, donde no está tolerado el catolicismo, los sacerdotes, para administrar á los católicos enfermos, se ven obligados á llevar la sagrada *Eucaristía* en su bolsillo, como si llevasen una cosa profana; y sin embargo, ¿tienen por esto menos fe en la presencia real de Jesucristo?

Los veinte y ocho argumentos que Dailly reunió contra el culto tributado á Jesucristo en la *Eucaristía* se reducen á uno solo, á saber: que durante los tres primeros siglos de la Iglesia no se ve prueba alguna, ni vestigio de adoración de este sacramento. Mas! No se debía suprimir el texto que he-

mos citado del *Apocalipsis*, pues está bien claro y terminante; y aun cuando este libro no fuese de un autor sagrado, siempre sería una prueba por lo menos histórica. 2º Por el título de su libro, Daillé quiere persuadir que este culto no está en uso más que en la Iglesia latina. *Adversus cult. relig. latinorum*; esta es una suposición falsa y una impostura. 3º Aun cuando los tres primeros siglos no nos manifestasen ningún vestigio de este culto, ¿no sería suficiente el verle universalmente establecido en el cuarto? En aquel tiempo se hacia profesión de creer que no era permitido cambiar lo que los apóstoles habían establecido; las prácticas de esta última época traen por consiguiente su origen de un tiempo mas remoto. 4º Aunque las liturgias no hayan sido escritas sino en el siglo IV, las Iglesias se servían de ellas antes y desde su origen; así es que estas liturgias nos comprueban la adoración.

Mosheim, celoso luterano, creía ya que la *Eucaristía* era necesaria para la salud espiritual; que se la administraba ó llevaba á los ausentes y á los enfermos, y aun opina que se la administraba á los niños. *Historia eccl.*, sec. 2º, 2º part., c. 4, § 12. Declara que en el siglo III se daba con mayor pompa y ceremonias, sec. 3, 2º part., c. 4, § 3; que en el IV se ve nacer la elevación de los símbolos eucarísticos, y tributarios una especie de culto; que se negaba la *Eucaristía* á los catecúmenos, á los pecadores sujetos á la penitencia pública y á los endemoniados. No observó que, segun el *Apocalipsis*, el culto tributado á Jesucristo presente en la *Eucaristía* era ya muy solemne aun en tiempo de los apóstoles. Luego que la Iglesia se vio con mayor libertad para ejercer su culto, empleó la solemnidad en la celebración de la *Eucaristía*, y no hizo mas que seguir el ejemplo de los apóstoles; las muestras tan brillantes que ha dado de su fe respecto de este misterio, no prueban pues que este fe haya cambiado.

Como, segun la opinión de los calvinistas, la *Eucaristía* no es mas que pan, creen ser consecuentes en no tributarla culto alguno; mas, prescindiendo de la falsedad de su opinión, están sin embargo muy poco conformes entre sí. Cuando se les preguntó: Si Jesucristo no está realmente en la *Eucaristía*, ¿por qué razón ha considerado S. Pablo como un crimen la profanación de este misterio? han respondido: Porque el ultraje hecho á la figura se juzga recaer sobre el original.

Por consiguiente, replicamos que el culto tributado á la figura se dirige tambien al original; así, aun cuando la *Eucaristía* no fuese

mas que una figura del cuerpo de Jesucristo, aun sería falso que el culto que se la rinde sea una superstición y una idolatría. Los protestantes injurian á este divino Salvador al abolir todos los signos por los cuales procura la Iglesia inspirar á los fieles un profundo respeto para con su sagrado cuerpo.

Se infiere pues, al contrario, que es una práctica muy laudable el colocar la *Eucaristía* sobre los altares y el tributarla nuestras adoraciones, puesto que este culto tiene por objeto el mismo Jesucristo; el encerrarla en los tabernáculos, á fin de poder en caso de necesidad administrarla á los enfermos; llevarla en procesion, y dar con ella la bendición al pueblo, etc. S. Justino y Tertuliano son testigos de que en el siglo II y III los diáconos la llevaban á los ausentes; ¿con qué derecho han suprimido los protestantes este uso apostólico?

A fin de hacer odiosa la doctrina católica, Daillé y otros dijeron que nosotros adoramos la *Eucaristía* ó los símbolos del cuerpo de Jesucristo, que adoramos el *sacramento*. Esta es una calumnia absurda. El concilio de Trento decide, *sess. 13, cân. 6*, que se debe adorar en la *Eucaristía* á Jesucristo Hijo único de Dios; que es loable llevarle en procesion, etc. Nadie ha ideado jamás que este culto se dirigiese á los símbolos ó al *sacramento*, sin que no pase mas adelante su fe. Cuando decimos *adorar el Santo Sacramento*, entendemos adorar á Jesucristo presente en la *Eucaristía*, y nada mas.

Thiers compuso de intento un tratado, para probar que la intención de la Iglesia no es que la *Eucaristía* esté frecuentemente expuesta al público sobre los altares para recibir en ellos las adoraciones de los fieles, y lo prueba en efecto con documentos auténticos. No se puede negar que este uso demasiado frecuente, no esté sujeto á varios inconvenientes; disminuye el celo que deben tener los fieles para adorar á Jesucristo en la santa misa y en los tabernáculos donde está reservado; muchos tienen por costumbre no frecuentar las Iglesias, sino cuando se manifiesta en ellas y en la bendición del Santísimo Sacramento. Thiers hace ver que es un abuso muy grande llevar este Sacramento adorable en los incendios para apagarlos por este medio.

Y. *Del sacrificio de la Eucaristía*. Si Jesucristo no estuviera realmente presente en la *Eucaristía*, si toda la ceremonia consistiese en la acción de comer pan y beber vino en memoria de la última cena del Salvador, contentos en que no sería posible considerarla

como un sacrificio. Mas si al contrario se encuentra en ella en estado de muerte y de víctima, si en ella se ofrece á su Padre, como lo hizo sobre la cruz por la salvación de los hombres, si ejerce en la *Eucaristía* por mano de los sacerdotes un verdadero sacerdocio, ¿con qué título podremos desechar la noción que de la *Eucaristía* nos da la Iglesia católica? En general, y segun la fuerza del término, el *sacrificio* es una acción santa y religiosa; mas todo acto de religion no es un sacrificio propiamente dicho, por cuya razón la Sagrada Escritura distingue dos especies de sacrificio. En el salmo xlix, 14, el rey profeta nos exhorta á presentar á Dios un sacrificio de alabanzas; en el salmo l, 49, dice que un corazón contrito y humillado es el verdadero sacrificio agradable á Dios. S. Pablo dice igualmente á los fieles, *Hebr.*, xiii, 15: « Ofrezcamos á Dios continuamente por medio de Jesucristo un sacrificio de alabanza; » y en el versículo 16: « No dejéis, hermanos míos, de ejercer la caridad y socorrer á los pobres segun vuestros posibles; porque con estos sacrificios se asegura la gracia de Dios, y se consiguen nuevos beneficios. » A los *Rom.* xii, 1: « Os ruego dediquéis y consagrais á Dios vuestros cuerpos, como sacrificios vivos, santos y agradables á Dios. » Pero cuando Jesucristo dice: « Quiero la misericordia y no el sacrificio. » *Mat.*, ix, 13, nos hace comprender que las obras de misericordia y de caridad no son sacrificios propiamente dichos.

Para que haya verdadero sacrificio se necesita: 1º La ofrenda de una cosa sensible hecha á Dios; por cuya razón dijo S. Pablo que todo pontífice está establecido para ofrecer á Dios dones y sacrificios por los pecados, *Hebr.*, v, 1, ix, 29, etc. 2º Una especie de destrucción de la cosa que se ofrece; así el derramar la sangre de un animal vivo, consumir las carnes por medio del fuego, quemar frutos ó perfumes, etc., es una circunstancia esencial al sacrificio: S. Pablo lo declara tambien, *Hebr.*, ix, 22, etc.

A excepción de los socinianos, nuestros adversarios creen, lo mismo que nosotros, que la muerte de Jesucristo fué un sacrificio en todo el rigor de la palabra; que en la cruz se ofreció este divino Salvador á su Padre, y derramó su sangre para la redención del género humano: esta es la doctrina expresa de S. Pablo. Así es que Jesucristo presente en la *Eucaristía* se halla en ella en estado de muerte como en la cruz, y por consiguiente en la misma intención; su sangre aparece en este sacramento separada de su cuerpo, sin que pa-

rezca ejercer en él ninguna de las funciones de la vida. Segun el Apóstol, el repetir lo que Jesucristo hizo en la última cena es anunciar ó publicar su muerte, *I Cor.*, xi, 26. Luego la acción de instituir la *Eucaristía* fué un verdadero sacrificio, y cuando se repite dicha acción, se hace un sacrificio igual.

En efecto, ¿qué hizo entonces el Salvador? Segun el texto griego de *S. Lucas*, xiii, 19, dijo á sus discípulos: « Este es mi cuerpo dado ó entregado por vosotros; este es el cáliz de mi sangre verdadera ó derramada por vosotros. » Segun el texto de S. Pablo: « Este es mi cuerpo roto ó destrizado por vosotros. » *I Cor.*, xi, 24. Jesucristo no habla de lo que debia hacer el día siguiente, sino de lo que hacia entonces; luego desde este momento mismo su cuerpo fué dado y destrizado, y su sangre derramada para la remisión de los pecados; luego este fué un sacrificio propiamente dicho; y diciendo á los apóstoles, *Haec esto en memoria de mi*, Jesucristo los hizo sacerdotes, y les dió un verdadero sacerdocio, como lo ha decidido el concilio de Trento, *sess. 22, c. 1, cân. 2*.

Ya anteriormente le habia conferido toda clase de facultades. Les habia dicho: « Así como mi Padre me ha enviado, yo os envío; » les habia encargado predicar el Evangelio, bautizar, perdonar los pecados, y dar el Espíritu Santo; en esta ocasión nos manda hacer lo mismo que él; ¿qué les faltaba para su verdadero sacerdocio? S. Pablo dice: « Que el hombre nos mire como á ministros de Jesucristo y dispensadores de los misterios de Dios. » *I Cor.*, iii, 9; iv, 1; eran, pues, sacerdotes en todo el rigor de la palabra: así, pues, segun el mismo Apóstol, todo sacerdote ó pontífice está establecido para ofrecer á Dios dones y sacrificios para la remisión de los pecados.

En segundo lugar, Jesucristo sustituyó una nueva pascua á la antigua; dijo á sus apóstoles: No comeré esta pascua mas con vosotros hasta que se *cumpla* en el reino de Dios. *Lúc.*, xiii, 16. Es así que la antigua pascua era un sacrificio; luego tambien es un sacrificio la nueva. Así S. Pablo, *I Cor.*, x, 16, compara la comunión de los fieles ó la acción de recibir la *Eucaristía* á la de los israelitas que comían las carnes de las víctimas, y á la de los paganos que comían los manjares inmolados á los ídolos; de lo que infiere que los fieles no pueden participar todos á la vez de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios. Es así que la acción de los israelitas y la de los paganos no se tenía por una *comunión*, sino porque era precedida de un sacrifi-

ficio; luego la acción del fiel no es igualmente una *comunión* con Jesucristo, sino en cuanto es la consecuencia del sacrificio.

Cudworth, sabio inglés, compuso una disertación para probar que la sagrada comunión no es un sacrificio, sino una comida que se hace a continuación de un sacrificio. Moshheim la refutó, haciendo ver que esta opinión es favorable y no contraria á la de los católicos; que si la cena ó comida de los comulgantes supone un sacrificio, es necesario que la oblación y la consagración hechas por el sacerdote antes de la comunión sean un verdadero sacrificio. *Sist. intel.*, t. 2, p. 811. Pero los argumentos de Moshheim nada prueban contra los católicos, al contrario.

Acerea de esto dice S. Pablo, *Hebr.*, xii, 10: « Nada tenemos que envidiar á nuestros padres, ni á los que siguen sus ceremonias; porque si ellos tenían un altar, y podían comer de las cosas sacrificadas en él, nosotros tenemos otro mas divino que es el altar de Jesucristo, de cuya carne todos nosotros podemos comer, y no los que sirven al altar antiguo, es decir, los sacerdotes y levitas de la antigua ley. » (Hay por ventura un altar en el que no haya sacrificio? *Act.*, xii, 2, se dice que los apóstoles celebraban el oficio divino, y ayunaban cuando el Espíritu Santo les habló, *ministrantibus illis Domino*; el griego dice *λυτρωσθέντες*: así es que en ocho ó diez pasajes del nuevo Testamento, *liturgia* significa la función propia y principal de los sacerdotes, que era el ofrecer sacrificios.

En tercer lugar, el profeta Malaquías, i, 11, predijo que habría sacrificios en tiempo de la ley nueva: « Desde Levante á Poniente, dice el Señor de los ejércitos, es grande mi nombre entre las naciones, y en todo lugar se sacrifica y se ofrece al nombre mio una ofrenda pura. »

Nuestros adversarios dicen que la cuestión de que aquí se trata versa solo acerca de los sacrificios impropriamente dichos, tales como las oraciones, alabanzas, mortificaciones y obras buenas ofrecidas á Dios por todos los fieles. Mas 1º No concebimos cómo los protestantes pueden llamar *ofrendas puras* á unas obras que ellos sostienen son pecados, mas bien que acciones meritorias. 2º Estos sacrificios impropriamente dichos estaban ya mandados y tenían lugar bajo la antigua ley; por consiguiente nada se hubiera innovado en punto á los sacrificios en la ley evangélica.

3º El profeta añade que Dios purificará á los hijos de Levi, y que entonces ellos ofrecerán al Señor con *justicia* los sacrificios; no se trata, pues, aquí de los sacrificios de los sim-

ples fieles, sino de los sacrificios de los sacerdotes, que son los levitas de la ley nueva.

Una cuarta prueba del sacrificio eucarístico es la práctica y la tradición constante de la Iglesia cristiana desde los apóstoles hasta nosotros. Nos creemos dispensados de citar sus testigos. Grabe, sabio inglés, conviene, en sus *Notas sobre S. Ireneo, lib. 4, c. 17 (alias 32)*, en que todos los PP. de la Iglesia, tanto los que vivieron en tiempo de los apóstoles, como los que les sucedieron, han considerado la *Eucaristía* como el sacrificio de la ley nueva. Cita á S. Clemente de Roma, *Epist. 1º ad Cor.*, n.º 40 y 44; á S. Ignacio, *Epist. ad Smyrn.*, n.º 8; á S. Justino, *Dial. cum Tryph.*, n.º 41; á S. Ireneo, Turtuliano y á S. Cipriano. Reconoce que esta doctrina no ha sido la opinión de una Iglesia particular, ó de algunos doctores, sino la creencia y la práctica de toda la Iglesia: para probar esta asercion, se refiere á las antiguas liturgias que Lutero y Calvino, dice, proscribieron sin ningún motivo; y, á ejemplo de muchos teólogos anglicanos, desearía que se restableciera el uso de estos sacrificios para mayor gloria de Dios. Moshheim, *Hist. eccl.*, sec. 2, 2, part., c. 4, n.º 1, confiesa que desde el siglo II se acostumbró á considerar la *Eucaristía* como un sacrificio.

Mas; cómo admitir las antiguas liturgias sin reprobar toda la doctrina de los protestantes relativamente á la *Eucaristía*? Los PP., quienes la consideraron como un verdadero sacrificio, no han imaginado que se ofrecía á Dios pan y vino; dicen que se ofrece el Verbo encarnado, el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Las antiguas liturgias contienen la invocación del Espíritu Santo, por la cual se suplica á Dios que el pan y el vino se conviertan y pasen á ser el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Hé aquí, pues, la presencia real y la transustanciación establecidas por los mismos monumentos que el sacrificio; no se puede admitir uno de estos dogmas sin el otro. Si los teólogos anglicanos no lo han visto, estaban ciegos; si lo comprendieron, debían abrazar toda la doctrina católica, y confesar el error de su Iglesia. Los luteranos discurrieron muy mal confesando la presencia real, sin querer admitir el sacrificio.

Sin embargo, los protestantes hacen grandes objeciones contra esta doctrina. 1º Según S. Pablo, *Hebr.*, vii, 23: « El sacerdocio de Levi lo han obtenido muchos sacerdotes sucediéndose unos á otros; porque como eran mortales no podían subsistir eternamente. Mas el sacerdocio de Jesucristo no pasa á otro, por ser eterno quien le obtiene, c. 24.

Los primeros, débiles y pecadores, necesitaban ofrecer todos los días sacrificios por sus propios pecados, y despues por los del pueblo; Jesucristo, por el contrario, pontífice santo, inocente y sin mancha, no tuvo necesidad de ofrecerse mas que una sola vez por los pecados del mundo, c. 26; no ha entrado mas que una sola vez en el santuario con su propia sangre, y dándose allí á sí mismo por víctima, ix, 26. No es necesario hacer muchos sacrificios; porque uno que hizo fué de un merito tan infinito, que no necesita repetirlo para purificar de sus culpas y causar perfecta santificación á los que quieren aprovecharse de sus meritos, » x, 14. Luego el Apóstol excluye de la ley nueva todo otro sacerdocio que no sea el de Jesucristo, todo otro sacrificio que no sea el de la cruz; no puede haber ya en la ley de gracia sino sacrificios espirituales y un sacerdocio impropriamente dicho, que consiste en ofrecer á Dios oraciones, alabanzas y acciones de gracias, como lo dice S. Pablo en el xii, 13, y como lo explica S. Pedro en su primera epístola, n.º 3.

Tal es el método de los protestantes; acumulan los pasajes de la Sagrada Escritura que parecen serles favorables, y dejan á un lado los que los condenan; esfuerzan el sentido literal y riguroso cuando en ella encuentran ventaja alguna, y le abandonan al momento que les incomoda.

Ilemos probado que los apóstoles fueron sacerdotes, que Jesucristo les encargó algo mas que ofrecer oraciones; por consiguiente no consistía en esto su sacerdocio. En el *Apolipsis*, v, 6 y siguientes, los ancianos postrados ante el cordero que está en estado de muerte, le dicen: « Vos nos habeis hecho reyes y sacerdotes de nuestro Dios. » No se habla aquí del sacerdocio impropriamente dicho que ejercen los simples fieles.

Si Jesucristo, por medio de una sola oblación, ha obrado la redención para siempre, si consumió la *santificación* para toda la eternidad, ¿por qué es preciso que interceda todavía por nosotros para con su Padre? *Hebr.*, vii, 23. ¿Cómo es que ha dado á sus apóstoles el poder de perdonar los pecados? ¿Qué necesidad hay de sacrificios ni de víctimas espirituales, ni de participar de la *Eucaristía*, etc.? S. Pablo hizo mal en exhortar á los fieles á que consumasen su santificación, *II Cor.*, vii, 1; todo se ha hecho y consumado sobre la cruz.

Nuestros adversarios dirán, sin duda, que todo esto es necesario para aplicarnos los meritos y los efectos del sacrificio de la cruz. Hé aquí precisamente lo que decimos respecto al sacrificio de la *Eucaristía*; esta es la reno-

vación del sacrificio de la cruz; esta renovación es necesaria para que se nos apliquen por su virtud los efectos y los meritos de Jesucristo. No hay *comunión*, á menos que no haya precedido un sacrificio, y es un absurdo decir que la acción de tomar pan y vino es una participación del sacrificio de la cruz.

Establecida una vez esta verdad, el pasaje de san Pablo ya no presenta dificultad alguna. Es exactamente cierto que Jesucristo es el soberano pontífice de la ley nueva, que es el único que tiene, como el gran sacerdote de la ley antigua, el privilegio de entrar en el santuario de la Divinidad, no en un santuario fabricado por mano de los hombres, sino en el cielo, *Hebr.*, ix, 24. El es el único cuyo sacerdocio sea eterno, y cuyas funciones ejercerá, pues, eternamente. No tiene necesidad de renovar todos los días, de un modo cruento, el sacrificio que ofreció sobre la cruz; mas así como intercede continuamente por nosotros para con su Padre, tambien le presenta siempre la ofrenda de su sangre y de sus meritos por la salvación de los hombres. Así del mismo modo que es el cordero inmolado desde el principio del mundo, *Apor.*, xii, 8, lo será tambien en el mismo sentido hasta el fin de los siglos, no solo en el cielo, sino en la tierra. En esto consiste la eternidad de su sacerdocio, y le ejercen en el cielo por sí mismo, y en la tierra por mano de los sacerdotes.

No es por tanto cierto que el sacrificio de la *Eucaristía* derogue la dignidad, ni el mérito del sacrificio de la cruz, puesto que es la aplicación de dicho sacrificio; como tampoco deroga las oraciones de Jesucristo, así como ni las propias nuestras, ni los sacramentos, ni los sacrificios espirituales, cuya necesidad reconocian los protestantes. Esta sola respuesta satisfice á todas sus objeciones.

2º Dicen que, según S. Pablo, cuando se perdona el pecado, ya no se necesita oblación por el pecado, *Hebr.*, x, 18. Sin embargo, según confesion suya propia, se necesita aun la oblación de las víctimas espirituales. Dios no les dispensa de ellas á los pecadores abusivos; por el contrario, están mas obligados á la oblación referida que no los justos. S. Pablo añade que cuando pecamos voluntariamente despues de haber recibido el conocimiento de la verdad, no nos queda ya mas víctima que ofrecer por el pecado, *ibid.*, c. 26; mas por la continuación de este pasaje y por el *cap. 6, v. 4 y sig.*, es evidente que el Apóstol habla de los apóstatas, quienes, aljurando el cristianismo, renuncia-

ron á todo medio de expiación del pecado.

3.º Si el sacrificio de la *Eucaristía* borrara los pecados, se seguiría, dicen nuestros adversarios, que por esta acción obramos nuestra propia redención y la de otros al ofrecerla por ellos; ¿no es esta consecuencia injuriosa á Jesucristo?

De ningún modo es injuriosa á Jesucristo dicha consecuencia, como tampoco lo es la necesidad del bautismo y de la comunión reconocida por los protestantes. La oblation del santo sacrificio, la administración del bautismo no producen su efecto sino en cuanto son la acción de Jesucristo mismo; así como es él quien bautiza, también es él quien se ofrece á su Padre por mano de los sacerdotes; el hombre no tiene mas parte en el efecto de una de estas acciones que en el de otra; la eficacia del sacramento y la del sacrificio no dependen en manera alguna de la santidad del ministro.

Los protestantes engañaron á los ignorantes, cuando han acusado á la Iglesia católica de que enseñaba que el santo sacrificio y los sacramentos producen su efecto por la virtud de la acción del hombre, é independientemente de las disposiciones de aquellos á quienes se aplican estos remedios espirituales. Esta es una doble impostura; nunca han enseñado los teólogos católicos semejantes errores; al contrario, han defendido siempre que la acción del ministro no produce efecto alguno sino en cuanto es la acción del mismo Jesucristo; que las malas disposiciones de los que reciben un sacramento impiden la eficacia de él; que el santo sacrificio ofrecido por los pecadores no puede aprovecharlos mas que como la oración, alcanzando para ellos gracias de conversión. V. SACRAMENTO, § 4.

Las demás objeciones de los protestantes se apoyan en la misma falsedad y no merecen refutarse. En cuanto al uso de ofrecer el santo sacrificio por los difuntos y en honor de los santos, véase Misa.

VI. *Del sacramento de la Eucaristía.* Según la decisión expresa del concilio de Trento, ses. 13, c. 4 y sig., y según la fe de la Iglesia católica, la *Eucaristía* es un sacramento, el cual, bajo las apariencias de pan y vino, contiene real y sustancialmente el cuerpo y la sangre de Jesucristo unidos á su alma y á su divinidad; de modo que se hallan en la *Eucaristía*, no solo cuando se hace uso de ella, ó cuando se comulga, sino antes y después, es decir, independientemente del uso. Esta precisión en los términos era necesaria para desechar los diferentes errores de los protes-

tantes. No negaron que la *Eucaristía* fuese un sacramento; sino que, por el modo como lo comprendieron, han destruido con una mano lo que establecía con la otra.

Calvino, que defendió que la *Eucaristía* es solo una figura del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, opinó sin embargo que esta figura debía obrar algo en el alma de los que la reciben, puesto que Jesucristo dijo, *Joan.*, vi. 52: « El pan que yo daré por la salud del mundo es mi carne; si alguno come de este pan, vivirá eternamente, etc. » Por consiguiente enseñó que la *Eucaristía* contiene la virtud del cuerpo de Jesucristo, y que el fiel participa de esta virtud por medio de la fe con que recibe el pan y el vino. Según este sistema, toda la acción sacramental consiste en la comunión; la acción del ministro que profiere las palabras de Jesucristo y practica la ceremonia para nada mas sirve que para excitar la fe del cristiano; si este último carece de fe al comulgar, no recibe ni el cuerpo de Jesucristo, ni su virtud.

Según la opinión de Lutero, el cristiano que comulga sin la fe recibe, sin embargo, el cuerpo y la sangre de Jesucristo, mas para su condenación; así lo enseña san Pablo, *1.ª ad Cor.*, xi. 27. Por tanto no es en virtud de la fe, sino por la fuerza de las palabras de la consagración, por lo que el cuerpo y la sangre de Jesucristo se hallan presentes en la comunión. A la verdad, si las palabras de la consagración, *este es mi cuerpo*, obran lo que significan, no vemos por qué Jesucristo no ha de estar presente bajo los símbolos eucarísticos antes de la comunión, como igualmente en los que quedan después de la comunión, ni la razón por que el sacramento no es independiente de la comunión; pero no es este el unicomisterio que se encuentra en la doctrina de los luteranos.

La Iglesia católica, mas acorde consigo misma, enseña que el cuerpo y sangre de Jesucristo están en el sacramento de la *Eucaristía* después de la consagración; *Concil. Trid.*, *ibid.*, *cán.* 4; y que así la *Eucaristía* es ya un sacramento antes de la comunión; de donde se deduce que la acción sacramental no es la comunión del fiel, sino la consagración hecha por el sacerdote: así es que Jesucristo está bajo los símbolos eucarísticos en un estado permanente é independientemente del uso ó de la comunión. De aquí es que infiere que Jesucristo debe ser adorado en la *Eucaristía* y ofrecido á Dios en sacrificio. Todas estas verdades quedan establecidas por las mismas pruebas, como lo hemos observado anteriormente.

Sin embargo, los protestantes pretenden probar su doctrina por medio de S. Pablo; según este Apóstol, *1.ª Cor.*, xi. 21, Jesucristo dijo á sus discípulos: « Tomad y comed, este es mi cuerpo; hacedlo en memoria mía. » Igualmente respecto al cáliz de su sangre, dijo: « Haced esto en mi memoria, siempre que lo bebais. » Jesucristo, dicen nuestros adversarios, no manda nada mas que comer su cuerpo y beber su sangre; no habla ni de consagración ni de oblation; luego todo el sacramento consiste en la acción de comulgar. Nosotros probaremos lo contrario.

1.º La acción sacramental no puede consistir en hacer lo que hicieron los discípulos en la última cena, sino en hacer lo que el mismo Jesucristo hizo. Así es que, según el Evangelio, tomó pan, le bendijo y se le dió, diciendo: *Este es mi cuerpo*, etc. No hubieran tenido facultad para renovar esta acción, si no se les hubiera dicho: *Haced esto en mi memoria*. Estas palabras se dirijan á ellos, y no á los fieles en general; luego ellos son, y no los fieles, quienes fueron establecidos ó instituidos ministros y dispensadores de este sacramento.

2.º En esta misma Epístola á los corintios, x. 16, dice S. Pablo: « ¿ No participamos, por ventura, de la sangre de Jesucristo cuando bebemos del cáliz que bendicimos en su nombre? ¿ cuando dividimos el pan que bendicimos, ¿ no participamos también del cuerpo del Señor? He aquí la acción de dividir el pan y bendecir el cáliz muy diferente de la que hace el fiel; y, según el Apóstol, esta acción es la que comunica la sangre de Jesucristo, y la que hace participar de su cuerpo; luego no es la comunión del fiel, sino la bendición del ministro la acción principal y sacramental.

3.º Ya hemos notado que en este pasaje compara S. Pablo la acción del fiel que comulga á la de los israelitas que comían la carne de las víctimas, y á la de los paganos que comían los manjares inmolados á los ídolos. Dice que lo que se ofrece á los ídolos por los paganos se sacrifica á los demonios y no á Dios; de aquí concluye diciendo, que un cristiano no puede participar de la mesa del Señor y de la de los demonios, beber el cáliz del Señor y el de los demonios. La acción pues de los israelitas, que participaban de la carne de las víctimas, no era un acto de religión sino en cuanto el sacrificio habia precedido y habia sido ofrecido á Dios por los sacerdotes. Al contrario, la comida de los paganos era un crimen por cuanto los manjares habian sido presentados y sacrificados

á los demonios; luego la comunión del cristiano no es una acción santa y saludable, sino porque la *Eucaristía* ha sido ofrecida y consagrada á Dios; luego la oblation y consagración hechas por el sacerdote son la esencia misma del sacramento.

4.º Puesto que los protestantes no admiten mas que dos sacramentos, á saber, el bautismo y la comunión, deberían al menos suponer alguna analogía entre uno y otro; es así que en el bautismo no es el fiel bautizado el que produce el sacramento, sino el ministro que derrama el agua y pronuncia las palabras de Jesucristo; luego igualmente en la *Eucaristía* el ministro es quien produce el sacramento, y no el simple fiel cuando comulga. Así vemos por S. Ignacio, S. Justino, por todos los PP. y todas las liturgias que la *Eucaristía* ha sido siempre consagrada por un sacerdote ó por un obispo, en vez de que, según la opinión de los protestantes, un simple fiel puede hacer toda la ceremonia y darse la comunión á sí mismo. Es cosa singular que después de mil y quinientos años se hayan fisonpeado de entender mejor la Escritura Sagrada que la Iglesia universal instituida por los apóstoles. En la *Eucaristía*, como en todo otro sacramento, los teólogos distinguen la materia y la forma; la materia es el pan y el vino, la forma son las palabras que Jesucristo pronunció al dar ambas cosas á sus discípulos.

Se ha disputado mucho entre los griegos y los latinos acerca de si la consagración de la *Eucaristía* debe hacerse con pan sin quitarle la levadura, como lo practican los orientales, ó con pan sin levadura según el uso de la Iglesia romana. Esta última se funda en que Jesucristo instituyó la *Eucaristía* inmediatamente después de haber comido la Pascua, y que estaba mandado á los judíos que la comiesen con pan *ázimo* ó sin levadura. *Exod.*, xv. 15, etc. Los orientales se apoyan en el uso constante é inmemorial de su Iglesia. V. AZMO.

Entre todas las comuniones cristianas, solo los armenios son los que no echan agua en el vino destinado á la consagración, uso que fué condenado en el concilio en *Trullo*, el año 692. V. AGUA MEZCLADA CON VINO EN LA EUCHARISTIA.

También hay una disputa entre los griegos y los latinos sobre si la consagración se hace por medio de las palabras de Jesucristo: *Este es mi cuerpo, esta es mi sangre*; ó si no se juzga hecha sino después de la oración que sigue á estas palabras, y á la que llaman los

orientales la invocación del *Espiritu Santo*. V. CONSAGRACION, INVOCACION.

Los protestantes no pueden sacar ventaja alguna de una ni otra disputa; los orientales y los latinos creen unánimemente que la *Eucaristía* se consagra válidamente, ya sea con pan ázimo, ó bien con pan que tenga levadura; que después de recitar las palabras de Jesucristo, y hecha la invocación antes ó después de estas palabras, ya no existe la sustancia del pan ni la del vino, y que el cuerpo y la sangre de Jesucristo se hallan real y sustancialmente bajo las apariencias de estos dos alimentos. Los teólogos más sensatos convienen, sin embargo, en que para obrar este milagro no basta pronunciar las palabras sacramentales sobre el pan y el vino, sino que es preciso además recitar las oraciones y observar las ceremonias prescritas por la Iglesia, las cuales determinan el sentido de estas palabras y las hacen eficaces; de otro modo estas mismas palabras no tendrían más que un sentido histórico, y no producirían ningún efecto. Como los protestantes suprimieron estas oraciones y ceremonias, los griegos y los latinos se persuadieron igualmente que la comunión de los protestantes no significa ni produce nada; que es á lo más una comida ó cena conmemorativa destinada á excitar la fe. V. CENA.

VII. De la comunión eucarística. Se concibe desde luego que el diverso modo de considerar la *Eucaristía* debe producir una gran diferencia entre la comunión de los católicos y la de los protestantes. Estos últimos, persuadidos de que la *Eucaristía* no es más que la figura del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, creen también que la comunión no produce ningún otro efecto que el de excitar la fe que, según su sistema, obra la remisión de los pecados y la justificación; así que esta acción no exige más disposición por parte del cristiano que una fe firme y viva. Un católico, al contrario, convencido de que por la comunión recibe realmente la sustancia del cuerpo de Jesucristo, concluye de aquí que para participar de dicha sustancia debe hallarse en estado de gracia; que si fuese reo de pecado mortal, comería y bebería su condenación, según la expresión de S. Pablo, *1 Cor.*, xi, 29; pero que recibiendo este alimento divino con sentimiento de fe, humildad, penitencia, confianza y reconocimiento para con Jesucristo, producirá en él un aumento de gracia, y será para él una prenda de la resurrección futura y de una inmortalidad gloriosa.

Esto es lo que prometió Jesucristo cuando dijo: « Todo el que come mi carne y bebe mi

sangre, habita en mí y yo en él; tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. » *Joan.*, vi, 55 y 57. En consecuencia, el concilio de Trento pronunció anatema contra todo el que enseñe que el fruto principal de la *Eucaristía* es el perdón de los pecados, y que no produce ningún otro efecto; que la única disposición necesaria para recibirla es la fe. *Sec.* 13, *cán.* 5 y 11.

En este mismo capítulo añade Jesucristo, *v.* 24: « Si no comiereis la carne del Hijo del hombre y bebiereis su sangre, no tendréis la vida en vosotros. » No se puede dudar que por estas palabras el Salvador impuso á los cristianos la obligación de recibir la *Eucaristía*; por cuya razón el concilio decidió que todo fiel, llegado á la edad de la discreción, está obligado á comulgar al menos una vez al año, y principalmente en la Pascua, como lo había ya mandado el concilio general de Letran, año de 1215.

Pero si fuera cierto que todo el efecto de la *Eucaristía* consiste en excitar la fe, no se ve por qué había de ser necesario recibirla. La lectura de la Biblia, un cuadro histórico de la pasión del Salvador y un discurso patético sobre este asunto, etc., son por lo menos tan capaces de excitar la fe como la comunión, la cual entre los protestantes no es muy diferente de una comida ordinaria, y no exige mucha preparación. Puede ser todo lo más un símbolo de fraternidad y de unión mutua entre los cristianos; mas, según la doctrina de S. Pablo, la *Eucaristía* es una unión con Jesucristo, y el mismo lo declara, puesto que por la comunión habita en nosotros y nosotros en él; por consiguiente este término tiene entre nosotros una energía enteramente distinta que entre los protestantes.

Para refutar la idea que tenemos de la *Eucaristía*, Daillé observa, que si los primeros cristianos hubiesen tenido la misma creencia que nosotros, sería muy extraño que los paganos, que escribieron contra el cristianismo durante los tres primeros siglos, no hubieran echado en cara á los cristianos, como lo hacen al presente los mahometanos y los infieles, que comen á su Dios. Esta acusación, según él, era más natural, y debía ocurrírseles más bien á los paganos, que otras muchas que han dirigido contra la religión. Claudio insistió también sobre esta objeción.

1.º Estos autores no se acordaron de que Juliano compuso su obra contra el cristianismo á mediados del siglo IV; sin embargo no se halla en dicha obra la acusación que Daillé juzga tan natural, y sobre lo que le parecen extraño el silencio de los paganos. ¿Se

atreverá á defender que en esta época no se enseñaba aun la presencia real de Jesucristo en la *Eucaristía* y la recepción real de su cuerpo y de su sangre en la comunión, ó que Juliano, educado en el cristianismo, no tenía ningún conocimiento de este dogma? En el siglo I, S. Ignacio; en el II, S. Justino y S. Ireneo; en el III, Tertuliano, Orígenes y S. Cipriano, la habían enseñado con bastante claridad, para que ningún cristiano, medianamente instruido, pudiese ignorarla. Por consiguiente el silencio de los demás enemigos del cristianismo no prueba más que el de Juliano.

2.º Se ha probado contra Claudio que durante los primeros siglos se han ocultado cuidadosamente á los paganos nuestros santos misterios, y que en general los paganos, aun aquellos que escribieron contra el cristianismo, estaban muy mal instruidos acerca de la *Eucaristía*. *Perpetuidad de la fe*, t. 3, l. 7, c. 2.

3.º Es muy probable que el conocimiento confuso del misterio de la *Eucaristía* fué lo que dió lugar á los paganos para publicar que los cristianos degollaban y comían un niño en sus asambleas; y para refutar esta calumnia, S. Justino expuso claramente nuestra creencia acerca de este punto en su primera apología.

4.º Si no se hubiera creído en aquel tiempo la presencia real, S. Justino habría disipado la sospecha de los paganos con decir, que la *Eucaristía* era una simple figura del cuerpo y de la sangre de Jesucristo; al contrario declara que es verdaderamente su cuerpo y su misma sangre.

Al insistir acerca de esta acusación, al exagerar la demencia de los católicos que adoran lo que comen y que digieren lo que adoran, manifestó Daillé más malicia é impiedad que los filósofos paganos; él fué quien sugirió á los incrédulos las blasfemias que vomitaron contra la *Eucaristía*, y no han hecho más que repetir sus invectivas.

Convenimos en que si la fe de los católicos fuese más viva y su conducta más conforme con la fe, la participación de la Sagrada *Eucaristía* produciría en ellos mayores efectos. Mas ¿se atreverán los protestantes á sostener que acerca de este punto son menos culpables que nosotros, y que su pretendida reforma ha santificado sus costumbres? En tal caso se les impugnaria hasta por los mismos fundadores de su secta.

Este artículo es ya demasiado largo para que tratemos en él de lo que concierne á la comunión bajo las dos especies, de la comu-

nión frecuente, de la comunión pascual y de la comunión espiritual; ya se habló de esto en el artículo *COMUNION*.

VIII. Nos parece necesario responder á una objeción que no hemos visto aun resuelta por ningún teólogo, al menos bajo el giro que la ha dado Beausobre, el cual la consideró como invencible, sin duda, pues que la repitió en tres ó cuatro pasajes de su *Historia del Maniqueísmo*, t. 1, p. 381; t. 2, p. 538, 545, etc. Basnage ha usado también de dicha objeción, pero con menos destreza. *Historia de la Iglesia*, t. 13, c. 3, § 4 y 5. Beausobre pretende que nuestra creencia relativamente á la presencia real de Jesucristo en la *Eucaristía* y la transustanciación, autoriza el error de los antiguos herejes, llamados *doctas* ó *fantasiastas*, que sostenían que el Hijo de Dios no tuvo más que una carne aparente, error renovado después por los maniqueos. Defiende que estos sectarios alegaban en su favor las mismas pruebas que nos fundamos; que si estas pruebas son sólidas, los PP. que refutaron á estos herejes incurrieron muy mal. Esto merece una discusión.

De los *doctas* es de quien habla S. Ignacio, mártir, hacia el año 107, en su *Carta á los de Esmirna*, n. 7, cuando dice: « Se abstienen de la *Eucaristía* y de la oración, porque no reconocen que la *Eucaristía* es la carne de Nuestro Señor Jesucristo, que padeció por nuestros pecados, y á quien Dios Padre resucitó por su bondad; por tanto estos hombres que desechan este don de Dios, se priyan de la vida á causa de su resistencia. » Es bien notorio que este pasaje incomoda mucho á los protestantes; Beausobre ha buscado un medio para eludir su fuerza.

Los *doctas*, dice, para probar que el Hijo de Dios no tenía sino un cuerpo aparente, se prevalen de que antes de su Encarnación se había aparecido ya á los patriarcas; tal era la opinión de los antiguos PP. Añaden que Jesucristo no tuvo ninguna propiedad corpórea, puesto que anduvo sobre las aguas, pasó por medio de los que querían precipitarle, y se ocultó á la vista de los dos discípulos que iban á Emaus; entró en la habitación donde estaban sus discípulos, estando cerradas las puertas; por consiguiente no tenía más que las apariencias de cuerpo. Después los católicos se han servido de estos mismos hechos para probar que el cuerpo de Jesucristo puede estar en la *Eucaristía* sin tener ninguna de las propiedades corporales, por tanto racionaron como los *doctas*.

¿Qué oponían los PP. á estos herejes? Uno de sus argumentos es que si Jesucristo no hu-

diera tenido un cuerpo real y verdadero, no recibiríamos en la Eucaristía su cuerpo y su sangre. ¿En qué pensaban los PP.? Confirmaban la objeción de los doctas en vez de resolverla; probaban un misterio con otro mas escandaloso; se puede decir que se arrojan al fuego por evitar el humo.

El único modo con que se les puede excusar es el de reducir su argumento á este: Si Jesucristo no hubiera tenido un verdadero cuerpo, no podríamos recibir la figura ó imagen de dicho cuerpo en la Eucaristía, porque no puede haber en este sacramento una figura ó imagen de una cosa que no es real y positiva. Así es como lo entendieron Tertuliano, l. 4, *contra Marcion*, c. 40, y el autor de los *Diálogos contra los marcionitas*, l. 1, p. 833. Por consiguiente así es cómo se debe entender también el pasaje de S. Ignacio.

Respuesta. ¿No es mas bien Beausobre el que se arroja al fuego por evitar el humo, y quien da armas contra sí mismo?

¿No cree sin duda, como los doctas, que Jesucristo no tuvo sino una carne aparente; está, pues, obligado, como nosotros, á responder á los pasajes de la Escritura, de la cual se prevalecen estos herejes, y al argumento que forman deducido de ella. Si se hubiera dignado responder á dichos herejes, nos hubiese servido su respuesta para resolver el mismo argumento hecho contra la realidad del cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía. Hubiera dicho, sin duda, que un cuerpo no deja de ser real, aun cuando no conserve todas sus propiedades sensibles, porque la esencia del cuerpo y sus propiedades sensibles no son una misma cosa; que así, en el caso de que el Evangelio hace mención, Jesucristo tenía un verdadero cuerpo, aunque milagrosamente le despojase de propiedades corporales. Beausobre debió probar que Jesucristo no puede hacer lo mismo en la Eucaristía. Los PP. no tenían ya necesidad de repetir su argumento como tampoco el de los doctas.

¿Si estos santos doctores no creyeron la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, es preciso que al racionar contra los doctas hayan sido poco menos que estúpidos, puesto que no vieron ninguna de las consecuencias que se podían sacar contra ellos. A la verdad probaron un misterio y un milagro por medio de otro; pero no comprendimos en qué son vituperables. Basnage, por su parte, se prevale de que los PP. no probaron contra los arrianos la divinidad de Jesucristo por medio del dogma de la presenciación, y de que no han fundado un misterio sobre

otro. *Historia de la Iglesia*, l. 14, c. 1, § 6.

3º Beausobre les hace una nueva injuria, suponiendo que pensaron que no se puede hacer una figura ó imagen de lo que aparece á todos los sentidos. Aun cuando Jesucristo no hubiera tenido sino un cuerpo aparente, ¿qué le impedía instituir una representación mística de este cuerpo que se le había visto y palpado, que era sensible y palpable? Beausobre mismo observa que había doctas ó fantasiastas, los cuales celebraban una Eucaristía; sin duda no admitían en ella un cuerpo de Jesucristo real y verdadero, puesto que no reconocían la presencia real de Jesucristo en este sacramento; luego pensaban, como los protestantes, que era una simple figura; mas los PP. no eran de esta opinión, y vamos á ver quiénes racionan mejor.

4º Nuestro censor de los PP. abusa del estilo brusco y frecuentemente irregular de Tertuliano; este Padre dice, lib. 4, *contra Marcion*, c. 40: «Jesucristo manifestó un vivo deseo de celebrar la Pascua, que era la suya. Tomó el pan, lo distribuyó á sus discípulos, é hizo de él su propio cuerpo, diciendo: *este es mi cuerpo*, es decir, la figura de mi cuerpo; es así que esto no hubiera sido una figura si no hubiese habido un verdadero cuerpo, pues una cosa sin consistencia, un fantasma, no es susceptible de figura; luego si hizo del pan su cuerpo sin tener verdadero cuerpo, ha debido entregar este pan por nosotros; era necesario, para que fuese cierto lo que dice Marcion, que el pan fuese crucificado.» En virtud del texto que acabamos de citar, los protestantes se creen triunfantes, y sostienen que Tertuliano opinó como ellos.

No citaremos los demás pasajes en que este Padre profesa abiertamente el dogma de la presencia real; nos limitamos á este. Afirmamos que debe traducirse de este modo: «Jesucristo hizo del pan su propio cuerpo, diciendo: *esto*, es decir, la figura de mi cuerpo, *es mi cuerpo*.» Lle aquí las pruebas de esta traducción. 1º Esta trasposición de palabras es familiar á Tertuliano; en este mismo libro, c. 11, dice: *Yo abriré en parábola mi boca, esto es semejanza*; el sentido es: *yo abriré en parábola*, es decir, *en semejanza, mi boca*. *Lib. contra Prax.*, c. 29: *El Cristo murió*, es decir, *el Ungido*; es evidente que se debe leer: *el Cristo, esto es, el Ungido, murió*. 2º De cualquier modo que se le entienda, siempre es preciso admitir una trasposición; según el sentido mismo de los protestantes, Tertuliano debió decir: Jesucristo tomó el pan, é hizo de él su propio cuerpo, es decir, la figura de su cuerpo, cuando dijo: *este es mi cuerpo*. ¿Cómo

es posible que hubiera hecho del pan su propio cuerpo, diciendo: *esto es la figura de mi cuerpo*? 3º En este mismo sentido Tertuliano desatinaria también al decir que el pan debió ser entregado y crucificado por nosotros, porque seguramente fué el cuerpo real de Jesucristo, y no su figura, quien debió ser crucificado por nosotros. 4º Tampoco es cierto que, en virtud de las palabras de Jesucristo, el pan llegue á ser la figura de su cuerpo mas bien que lo era anteriormente, puesto que estas palabras no producen cambio alguno en la configuración externa del pan. Despues de haber pronunciado estas palabras, el pan no tuvo mayor semejanza con el cuerpo de Jesucristo que anteriormente. Mas si Jesucristo puso su cuerpo en vez de la sustancia del pan, desde este momento lo que parece pan ha llegado á ser el signo del cuerpo de Jesucristo, así como nuestro cuerpo es el signo de nuestra alma mientras que están ambos unidos. Entonces se puede decir como Tertuliano y los demás PP., que Jesucristo hizo del pan su propio cuerpo, y que además hizo del mismo pan el signo ó la figura de su cuerpo. 5º Se debe sostener también, como ellos, que si Jesucristo no tuvo un verdadero cuerpo, la Eucaristía no puede ser la figura de su cuerpo, como que en efecto el pan no puede representar el cuerpo de Jesucristo, sino en tanto que este cuerpo está en dicho sacramento real y sustancialmente. Los protestantes se engañan cuando afirman que si el cuerpo de Jesucristo está presente, la Eucaristía no puede ser ya la figura de dicho cuerpo. Cabalmente es todo lo contrario.

Por consiguiente no son los PP. quienes discurren mal, sino Beausobre y los que opinan como él. Pero este crítico presenta además otras objeciones.

Para probar, dice, que Dios no es corporal, S. Gregorio Nacianzeno, *Orat.* 34, y S. Agustín, *Lib. contra Epist. fund.*, c. 6, afirman que un cuerpo no puede penetrar otro cuerpo; que dos partes no pueden estar á la vez en un mismo lugar que no tenga mayor extensión que la que pueda ocupar una sola parte. Sin embargo, así es preciso que suceda si Jesucristo está realmente en la Eucaristía. Por lo mismo, S. Agustín defiende, lib. 20 *contra Faust.*, c. 11, que Jesucristo, según su presencia corporal, no puede estar todo á la vez sobre la cruz, en el sol y en la luna, como querían los maniqueos. Pero siguiendo la creencia de los católicos, Jesucristo, según su presencia corporal, está todo á la vez en una infinitad de lugares. Los PP. han probado contra todos los fantasiastas, que si Jesucristo

engañó á los sentidos, usó de magia, y que si no pudáramos darnos de nuestros sentidos, toda la religion cristiana se destruiria. *San Agust.*, *contra Faust.*, lib. 29, n. 2, etc. Esto es también el argumento que los protestantes oponen á los trunstanticiadores, los cuales creen que la sustancia del pan no existe ya en la Eucaristía, aunque todos nuestros sentidos nos manifiestan que se halla en este misterio.

Respuesta. Comencemos por observar las contradicciones ridiculas de Beausobre, quien tan pronto acusa á los PP. de que no están nunca conformes consigo mismos, como supone que han sido siempre consecuentes en sus racionios; que se admira cuando se les atribuyen errores á los herejes por vía de consecuencia, y que no cesa de atribuirselos á los PP. por el mismo medio; y finalmente, que ha querido persuadir que S. Gregorio Nacianzeno y S. Agustín favorecieron el error de los que admitían un Dios corporal. V. Escribire.

Pero es fácil justificarlos sobre todos los puntos.

1º No es cierto que en la Eucaristía el cuerpo de Jesucristo penetra otro cuerpo ni que penetra el pan, puesto que ya no le hay; esta objeción no es buena sino contra los empanadores y los ubiquistas. Por otra parte, los PP. opinaron en vista del Evangelio que el cuerpo de Jesucristo resucitado penetró la piedra de su sepulcro, y las puertas de la habitación en que se hallaban reunidos sus discípulos; creyeron que al nacer salió del seno de la santísima Virgen, sin que hiriese en lo mas mínimo su virginidad, y Beausobre les ha echado en cara todas estas cosas como si fuesen otros tantos absurdos. Sin embargo, no cayeron en contradicción cuando afirman que un cuerpo no puede naturalmente penetrar otro cuerpo, pues que en los casos de que acabamos de hablar obraba desde luego la Omnipotencia divina por medio de un milagro. Mas si un Dios, corporal por su naturaleza, penetrase todos los demás cuerpos como creían los maniqueos, ya no sería un milagro, sino el estado constante de la naturaleza.

2º Del mismo modo los maniqueos no pretendían que Jesucristo había estado todo á la vez sobre la cruz, en el sol y en la luna por milagro, sino por la naturaleza misma de las cosas, en vez de que su presencia en muchos lugares por medio de la Eucaristía es un milagro, y nunca pusieron los PP. en duda su posibilidad.

3º Dijeron con razon que si Jesucristo engañó á los sentidos, haciendo aparecer un